



Guía de lectura

PAOLA ROIG

El café frío, la cerveza caliente



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Mariona es una madre *millennial*. Cumple todos los requisitos para ser feliz: un hijo y una hija, un perro que la adora, un trabajo estable y seguro lo suficientemente flexible como para poder conciliar, un piso en un tranquilo barrio de las afueras, cerca de su familia, y un marido. Todo está bien o eso es lo que parece. Cualquiera que la vea de lejos podría pensar que es feliz, que tiene la vida que desea, pero si pudiéramos mirar por una mirilla la vida de Mariona, asomarnos a su cotidianidad, veríamos que está llena de grietas y fisuras. Mariona está agotada, frustrada, insatisfecha. Mariona es cualquier cosa menos feliz. Cuida de sus hijos, trabaja, saca a su perro a pasear, habla con amigas, con

su hermana, con su madre y esconde en su interior una profunda rabia. Las cosas no encajan, su relación de pareja no la emociona, está siempre enfadada con su marido porque la carga mental es tan pesada, tan excesiva, que es como si no la dejara volar, ni siquiera, un par de centímetros por encima del suelo. ¿Quién es ahora? ¿Dónde está toda esa felicidad prometida?

En esa vorágine diaria donde ni siquiera tiene tiempo para hacer un buen huevo frito para desayunar, Mariona empieza a salirse del cajoncito donde estaba metida. Un día, decide que ha llegado el momento de buscar algo, no sabe qué, de buscarse a sí misma y, en ese ejercicio, retoma su amistad con



Rai, un amigo de toda la vida, un noviete de su juventud, galerista y pintor, que le ofrece una pequeña ventana a otra vida posible. Por primera vez después de mucho tiempo, Mariona pone su deseo por delante de todo lo demás y comienza a quedar con Rai como en los viejos tiempos. Esa relación la lleva a explorar una parte de sí misma que creía perdida para siempre y a hacerse muchas más preguntas. ¿Por qué no es feliz con la vida que tiene? ¿Sigue amando a su marido? ¿Por qué ya no le emociona su trabajo? Y así, en un camino lleno de momentos bellos y torpes, Mariona parece volver a encontrar algo, no sabe todavía qué, algo que la devuelve a la vida, que la trae de vuelta.

En sus dos libros anteriores, *Madre: Escúchate, compréndete y date lo que necesitas* (Bruguera, 2022) y *La crianza imperfecta* (Bruguera, 2023), Paola Roig ya exploraba con un lenguaje claro los desafíos de la maternidad más contemporánea con una voz llena de verdad. Ahora en *El café frío, la cerveza caliente* (Bruguera, 2024) construye a una mujer llena de contradicciones, culpa y deseo con la que las lectoras se emocionarán. Mariona es esa mujer que, con la maternidad, vive un desajuste entre lo que quiere y lo que puede ser y hacer, entre las expectativas y lo que acaba siendo la vida. Una novela emocionante y honesta, un pequeño espejo para todas las madres *millennials*.



LOS PERSONAJES

MARIONA

Mariona Vergés es la mamá de Bruno y Celia, la mujer de Alberto y la Strategic Communication Specialist de NextTech Consulting. Mariona es una mujer que intenta sostener un ritmo frenético de vida entre la crianza de sus dos hijos, su relación de pareja y su trabajo. Va a todas partes con prisa, está agotada y siente una insatisfacción tan profunda que ya no puede ignorarla. Vive en piloto automático y no es feliz.

«Contesta los mails. Atiende a los clientes. Y casi sin darse cuenta ya es hora de recoger a la pequeña. Se fuma un cigarro al sol antes de ir. Solo fuma ese cigarro al día. Bueno, ese y el de la noche, cuando los niños ya duermen y Alberto se tumba a mirar el móvil. Se siente ella misma al fumar. Tiene tela que para sentirse ella misma, tenga que meterse mierda en los pulmones. Pero es algo que la conecta con su vida anterior. Con todo eso que tenía antes de ser madre y que ahora no tiene».



ALBERTO

Alberto es el marido de Mariona, el hombre del que una vez estuvo perdidamente enamorada, la persona con la que pensó que pasaría toda la su vida. Ahora Alberto es su compañero de piso, prácticamente, apenas se ven, cuando vuelve a casa ya es de noche, nunca tienen tiempo de hablar ni de follar ni de hacer planes. Él acaba de abrir una pizzería con un amigo y se pasa el día en el negocio y no alcanza a ver todo lo que Mariona hace por los cuatro, la parte de ella y la de él.

«Mira a Alberto, estirado al otro lado de la cama, con la cabeza apoyada en un par de almohadas. Repasa una a una todas sus facciones. Su pelo rizado color café. Su frente ancha. Sus ojos negros. Su nariz respingona. Su mentón anguloso. Sus labios jugosos. Esos labios que ella le había dicho tantas veces que eran los más besables del mundo. Lo mira intentando encontrar eso de nuevo. Esa ternura. Ese amor. Ese fuego. Lo intenta con todas sus fuerzas. En ese momento, él le devuelve la mirada. Se miran durante unos instantes. Él le dice que deberían dormir, que es tarde. Y ella se decepciona. De alguna manera casi psicomágica, esperaba que el percibiese lo que ella estaba intentando».

BRUNO Y CELIA

Bruno y Celia son sus hijos, Bruno, el mayor, Celia, la pequeña. Él ya va a la escuelita, pero la niña sigue en la guardería. Para ellas son motivo de cólera y ternura, su salvación y su condena. Los ama, pero ya no puede más.

«El camino a casa es agotador. Bruno no cede. No atiende a razones. Ni a sobornos. Ni tampoco a la amenaza que se le escapa. Nada funciona. Al final, lo carga en brazos y tira de Celia con la otra mano. Anda con la mirada perdida, centrándose en sus pies. Un pie. Después el otro. Sin contestar a los quejidos de Bruno. Sin escuchar las historias de Celia. Sin ni siquiera notar el dolor en las lumbares. Solo se concentra en sus pasos».

MAX

Max es su perro, uno más en la familia. Antes de ser madre, Max era un aliciente para volver a casa, sabía que la adoraba, que la esperaba siempre contento. Pero ahora, con el trabajo y los niños, a veces, Max se convierte en una responsabilidad más a la que atender.

«Ella espera a que desaparezca por la esquina y entra en casa. Max viene a saludarla mientras estira la espalda. Ella lo acaricia, dos caricias, como siempre, y se



dirige a la habitación, pero Max la sigue. Mariona se acuerda de cuando Max era un cachorro, cómo volvía rápido del trabajo para estar con él. Le gustaba llevarlo al parque y pasarse dos horas tirándole la pelota, acurrucarse con él en el sofá, buscar lugares a los que llevarlo el fin de semana. Cumplía a rajatabla su calendario de vacunación y lo llevaba al veterinario a la más mínima señal de alarma. Pero ahora Max había pasado a un segundo plano».

RAI

Rai es uno de los mejores amigos de Mariona. Es pintor y tiene una galería de arte donde expone a jóvenes artistas. Lleva una vida completamente distinta a la suya, más libre. Son amigos desde siempre, desde que eran pequeños y también fueron novios. Rai es una vía de escape, esa persona que siempre ha estado ahí para ella. Cuando Mariona vivía en Barcelona, se veían muchísimo más, pero ahora es casi imposible. Por eso, cuando Rai le pregunta una noche si se ven, ella siente el impulso de ir a su encuentro, de acercarse de nuevo a él que tanto tiene que ver con su vida antes de ser madre, con la Mariona de antes.

«Lo ve sentado en las escaleras de delante de la pizzería dibujando en su cuaderno marrón. Siempre dibujando. Desde pequeño. Lo recuerda pintando en los libros. Dibujando mientras hablaba por teléfono. Teniendo conversaciones mientras garateaba en ese mismo cuaderno. En ese o en otro parecido, pero invariablemente uno de piel marrón del tamaño de una cuartilla. Una especie de diario personal ilustrado que lleva a todas partes. Sonríe y piensa que, bueno, al menos algo sacó de ese colegio. Lleva una camiseta negra y tejanos. Como siempre. Rai, en general, no se complica».

NICO

Nico y Mariona se conocen desde la barriga, su madre eran amigas, veraneaban en el mismo pueblo. Ahora apenas se ven, pero un reencuentro en la galería de Rai propicia que retomen la amistad y Nico le ofrece a Mariona un trabajo en su *start up* que hace tambalear la vida de Mariona.

«Ha sido padre hace seis meses, pero eso no ha cambiado su vida. Ya se lo había dicho: “Flora y yo no vamos a dejar que ser padres nos coma, Mariona, seguiremos como siempre”. Ella había sonreído y asentido mientras pensaba para su interior “Ya te la comerás”. Y la verdad es que seguramente Flora, su pareja, sí había cambiado su vida. Pero parecía que Nico no tanto. Si no fuese su amigo,



le parecería un gilipollas por hacer eso, pero una no es objetiva con los amigos. No puede serlo. Y menos con Nico. Veraneaban juntos en el pueblo desde que nacieron, literalmente, sus madres tienen una foto en la que salen las dos embarazadas. De pequeños, solían decir que se conocían “desde la barriga”. Y un poco es así. Son como primos. Se conocen a la perfección».

MARTA

Marta es la hermana pequeña de Marionna. Siempre está ahí para ella, para hablar, para cuidar de sus sobrinos, para cualquier cosa.

«Marta está siempre disponible para hacerle cualquier favor. La ayuda si necesita sacar al perro. Si necesita que se quede media hora con los niños. Si no tiene tiempo para llevar el coche a la ITV. Ella tiene su trabajo, su novia, sus historias, pero siempre saca un momento para su hermana y sus sobrinos».

ALICIA Y SILVIA

Alicia y Silvia son sus mejores amigas desde hace tantos años que siente que puede contarles cualquier cosa... Aunque la maternidad ha hecho que verlas sea casi imposible, están ahí con ella. Las amigas son la familia elegida, las que te amarán y nunca te juzgarán, pase lo que pase, hagas lo que hagas, las amigas son casa.

«Alicia y ella iban juntas al colegio y, gracias a una amiga en común, habían conocido a Silvia en una fiesta y se habían hecho inseparables. Hoy ha quedado para tomar unos vinos con ellas y se muere de ganas. Se ven una vez al mes. Antes se veían todos los viernes, sin falta. Pero desde que nació Bruno eso se volvió difícil. Y con Celia ya fue misión imposible. Al principio conseguían organizarse, ellas iban a su casa y llevaban cervezas, una sin alcohol para ella. Reían y Bruno dormía tranquilo en la teta. Hasta habían ido a alguna terraza con el niño dormido en el cochecito. Pero Bruno creció y la cosa se complicó. Ya no dormía en cualquier lugar. Necesitaba silencio, tranquilidad. Ella se agobiaba, no lo disfrutaba. Quería estar en dos sitios al mismo tiempo. Quería seguir la conversación y quería atender a su hijo. Y no hacía ninguna de las dos cosas. Además, todo dependía del horario de los niños, de cómo estaban, de si tenían unas décimas de fiebre, de si se habían levantado con mocos o si habían tenido un mal día en la escuela. Por eso decidieron reducir sus quedadas a una vez al mes».



MADRE DE MARIONA

La madre de Mariona también está siempre ahí para quedarse con sus nietos. Vive cerca. Sabe que se mudaron a ese barrio para poder recurrir a ella siempre que lo necesitaran. Pero su relación con su madre es complicada. Su madre la juzga de alguna manera, la cuestiona y ella siente la ambivalencia como hija. La quiere, la entiende, pero a veces la saca de sus casillas.

«Se pregunta si su madre también pensó que estaba eligiendo un lugar mejor para ella. Si también fue a las puertas abiertas de todas las escuelas que pintaban bien. Si hizo preguntas. Si se la imaginó a ella corriendo por los pasillos y pensó que ese era un buen lugar. Si deseó que su hija tuviese una mejor infancia que la que había tenido ella. No sabe si su madre se hacía todas esas preguntas o si simplemente vivió las cosas con más despreocupación. “Yo te quería, y pensaba que con eso era suficiente”, le había dicho una vez».



FRAGMENTOS

EL CANSANCIO DE UNA MADRE

Son las diez de la mañana de un lunes y ya siente que ha gastado toda la energía de la semana. Suspira y coge el teléfono: «Alberto, recuerda coger la hora del médico para Celia», escribe en un wasap. Sabe que quizá no tendría que hacer ese recordatorio. Sabe que él le dijo que se iba a encargar. Pero también sabe que se va a olvidar.

Un wasap de vuelta: «Gracias por recordarlo, amor, se me había pasado». Tiene ganas de decirle que ya lo sabía, que en ningún momento había tenido la más mínima esperanza de que se acordase. Que eso lleva pasando años. Que está cansada. Que se lo ha pedido de todas las formas posibles y que ya no sabe cómo hacerlo. Que quiere zarandearlo y hacerlo reaccionar. Pero se calla y en su lugar envía un emoticono de corazón.

LA AMBIVALENCIA MATERNA

Es sábado, está sola con los niños, son las diez de la mañana y es un día de esos en los que ya no puede más. Ya ha hecho diez actividades distintas, todas de una duración máxima de dos minutos, y su paciencia ha llegado al límite. Se repite que no es cosa de los niños, que está agotada, que quizá acumula cansancio del fin de semana anterior, lo que sea. Pero no es culpa de los niños.

Celia, desde que ya no toma teta, se la pide más que nunca. Ha empezado a pedírsela también durante el día. A todas horas. Y a ella le cuesta mucho soportarlo. Son rabieta cada media hora. Si no es por la teta, es porque quiere no sé qué juguete que tiene su hermano. O porque quiere salir. O porque no quiere salir. Ahora mismo es porque quiere un huevo frito. Otra vez el puto huevo frito. Ya han desayunado, así que Marionna le dice que



no. Todas las veces. Y hace todo lo que se tiene que hacer. Le dice que entiende que para ella es importante el huevo frito, que sabe que le apetece mucho, pero que no puede ser. Eso solo hace enfadar más a Celia. Se va corriendo a la cocina y cierra la puerta detrás de ella.

Ella se queda mirando a Celia. Su cuerpo relajado. Sus pestañas largas. Sus rizos desaliñados. Sus manitas abiertas. Pone un dedo sobre su mano y ella la cierra. Igual que hacía de bebé, pero dos años después. Vuelve a sentir la paz del abrazo de esa mañana. Respira. Huele a su hija. Justo debajo del cuello. El olor de sus hijos es tal vez su olor favorito del mundo. Esa mezcla de sudor y leche agria que le engancha. Que le hace necesitar más. Recuerda con amargura la primera vez que dejó a Celia en la guardería. Al recogerla le había olido el cuello, pero no olía a bebé precioso. Olía a guardería. No era un mal olor. De hecho, objetivamente, seguramente era un olor mejor que el de su sudor. Pero para ella había sido como un puñal en el corazón. Como si en ese olor a guardería se hubiese perdido algo de su vínculo especial. Algo de su bebé. Algo de su intimidad.

Mete de nuevo la nariz en el cuellecito de Celia y ella se remueve un poco. Le pone una mano encima de la barriga.

LA CARGA MENTAL

Tendrá que comprar sola las sábanas de Frozen para seducirla. Tendrá que convencerla, entre lloros, de que la va a dormir ahí. Y ahora mismo no puede cargar

con más cosas sola. Eso y que ya le viene bien que Celia esté ahí. En medio. No deja espacio para incomodidades ni para encuentros o miradas obligatorias.

Aparta un poco a Celia y se acuesta. Mira a Alberto, estirado al otro lado de la cama, con la cabeza apoyada en un par de almohadas. Repasa una a una todas sus facciones. Su pelo rizado color café. Su frente ancha. Sus ojos negros. Su nariz respingona. Su mentón anguloso. Sus labios jugosos. Esos labios que ella le había dicho tantas veces que eran los más besables del mundo. Lo mira intentando encontrar eso de nuevo. Esa ternura. Ese amor. Ese fuego. Lo intenta con todas sus fuerzas. En ese momento, él le devuelve la mirada. Se miran durante unos instantes. Él le dice que deberían dormir, que es tarde. Y ella se decepciona. De alguna manera casi psicomágica, esperaba que el percibiese lo que ella estaba intentando. Que le diese la clave de todo. Que dijese algo que le hiciese sentir que todo iba a estar bien. Que iban a estar bien. Que lo suyo tenía solución. Que lo que les pasaba era que estaban cansados y nada más.

LA PAREJA DESPUÉS DE LOS HIJOS

—¡Es tardísimo! ¿Por qué no me has despertado? —dice aún medio dormido.

—Ah, no me habías dicho que tenía que hacerlo —contesta ella seca.

—A veces eres mala, Marionna.

—¿Mala? —Ella alza la voz.

—Sí, mala. Ves que me he dormido, te vas a la ducha y decides no despertarme. Eso es de cabrona.



—Ah. Mala y cabrona. Bueno, empezamos bien el día. Podía no haberte avisado. Porque, de hecho, esto te pasa cada día, no solo hoy.

—Ya estamos otra vez con lo mismo. Mira, déjalo.

—No te preocupes, ya lo he dejado.

Los niños abren los ojos al escuchar las voces de sus padres. «Joder, levantarte con tus padres discutiendo —piensa Mariona—, el sueño de todo niño feliz, qué mierda». Cuando estaba embarazada de Bruno, se había prometido que eso nunca iba a suceder, que nunca discutirían delante de los niños. Seguramente por intentar que sus hijos no vivieran lo mismo que ella.

En teoría, esa mañana se encargaba Alberto de los niños, pero al final es ella quien acaba vistiéndolos y sirviendo los desayunos.

Se pregunta si el año que viene se sentará con Alberto. Si compartirán esos momentos. Si seguirán dándose la mano para celebrar lo que sí pudieron hacer juntos.

Después de la obra, se van a casa, juntos también. Ambos tienen el resto del día libre. Se sientan en el sofá. Mariona mira al frente y ve una foto enmarcada. Una foto del día que se conocieron. De la fiesta de disfraces en el piso de Nico. Ambos en una esquina, hablando y comiéndose con los ojos. Un robado que alguien decidió inmortalizar. Pero ahora Mariona la ve con otros ojos. Parecen otros. Otros que ya no están. Más sonrientes. Con más luz en los ojos. Con menos cansancio. Con más ilusión. Con mucha más ilusión.

—¿Qué les dirías? —le pregunta Mariona a Alberto señalando la foto con un movimiento de cabeza.

—¿A nosotros?

—Sí, a ellos.

—Que lo volvería a repetir exactamente igual. Con todo.

Mariona le coge la mano. Alberto no le pregunta a ella. Quizá porque sabe que esa no sería su respuesta.

Alberto está cabreado. Al llegar a casa, Mariona lo ha llamado para que saliese a ayudarla con los niños. Él apenas ha saludado a Marta. Ha cogido a Bruno y lo ha metido en brazos.

—Tienes razón, Alberto, no sé, no he pensado. Mi hermana estaba por aquí cerca y he creído que sería más fácil. Y cuando me he calmado, en urgencias, te he escrito el mensaje. Perdona, tienes razón.

—Joder, Mariona, pero es que es lo mismo de siempre. Dentro de dos años te estarás quejando del día ese que no te acompañé al hospital. Y resulta que no te acompañé porque no me diste la opción.

—Eso no es justo, Alberto. Es cierto que a veces me cuesta hacer equipo, pero también es verdad que a ti te cuesta estar, te cuesta sostener. Y se junta el hambre con las ganas de comer...

—No me cuesta estar, es que no puedo. No sé cómo decírtelo ya —dice Alberto frustrado.

—Siempre estás con lo mismo, con que no puedes. Tú escoges, Alberto. Tú has escogido abrir un negocio con dos niños pequeños en casa. Tú escoges estar allí muchas veces cuando podrías estar en casa. Tú también huyes, aunque no quieras verlo.



—Yo no huyo, Mariona.

—Joder, Alberto, ¿algún día vas a aceptar algo?

EL DESEO DE UNA MADRE

Ella se ríe, se acerca y le da un beso. Besa también a los niños. Sabe perfectamente a lo que se refiere Alberto con lo de tener un rato. Hace semanas que no follan. No es que ella no tenga deseo. Lo tiene. Lo siente cuando ve al puto vizconde de *Los Bridgerton*, al padre de *This is us* o incluso al profesor de la extraescolar de deportes. No sabe cuántas veces se ha masturbado pensando en cualquiera de ellos. O en los tres a la vez. Ese no es el problema. El que no le parece sexy es Alberto. Y es que no resulta atractivo que se duerma todas las mañanas. Que no se acuerde de las reuniones con la profesora o de las revisiones médicas. No es sexy tener que cuidarlo como a un niño más.

Alberto se acerca y la besa. Y ella le devuelve el beso. Se morrean. Hacía mucho que no se morreaban. Se besan sin prisa. Alberto le acaricia el cuerpo. Le recorre las piernas, la barriga, sube al pecho y Mariona le aparta la mano. Él no se sorprende; desde que nació Bruno, las tetas son territorio prohibido, pero él no deja de intentarlo. Baja la mano de nuevo a su barriga y le acaricia el coño. Mete la mano por debajo de sus bragas y la toca. Y ella disfruta. Y lo sigue besando. Y se desnudan. Y se acarician. Y se besan. Y Mariona se pone encima de él. Le coge la cara con las dos manos y lo mira a los ojos. Y en ese momento lo quiere. Quiere

lo que han construido juntos. Quiere la vida con él. Quiere el puto porche. Lo quiere todo. Y también quiere follárselo como hacía meses que no quería. Y follan. Y disfrutan. Y se corren. Casi a la vez. Casi haciendo magia. Casi como si el universo le diese un sí a Alberto. Un sí a seguir intentándolo».

Fuck it. Agarra a Rai por el cuello y lo besa. Le da el beso que lleva meses queriéndole dar. A dos calles de su casa. Sin vergüenza. Descaradamente. Lo besa y Rai le devuelve el beso. La coge por la cintura. Mariona siente una corriente de electricidad por todo su cuerpo. Siente placer. Siente calor. Joder. Lo siente todo en un instante.

—Meri, frena. No es que no me esté gustando eh, todo lo contrario. Pero no entiendo. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —pregunta recuperando la cordura y apartando la cara de la suya.

—No, Rai, no estoy bien. No sé lo que quiero. No sé lo que tengo que hacer. No lo sé. Es eso. No lo sé.

—Oye, no hay ninguna prisa, tampoco lo tienes que saber ahora.

—¿Y tú? ¿Tú qué quieres de mí? —pregunta enfadada.

—¿Yo? Joder, Meri, que acabo de llegar. Yo qué sé... Qué voy a querer... Lo que quieras y lo que puedas. Eso es lo que quiero —responde sin pensar.

Se abrazan. Se besan. Mariona se sorprende de lo rápido que una persona puede naturalizar algo. Las primeras veces le resultaba extraño sentir las manos de Rai sobre las suyas. Unas manos distintas. Un cuerpo distinto. Un ritmo distinto. Unos



besos distintos. Se recuerda a sí misma dándole la mano por la calle y mirando sin pestañear esa mano que la agarraba. «Ahora es esta mano la que me agarra». Ese pensamiento. Y nada más. Como si las acciones fuesen más rápidas que el pensamiento. Como si su cuerpo asimilase las cosas antes que su mente. Y esa extrañeza cada vez le pasa menos. Ahora se ve besándolo. En su cama. Y sí, hay una parte de ella que se siente extraña, pero cada vez ocupa menos espacio.

LAS AMIGAS SON CASA

Mariona conduce de camino al tanatorio. Otra vez. Hoy es el entierro. Silvia y ella se han encargado de preparar todo lo que Alicia no ha tenido fuerza para hacer. Además, no tiene hermanos. Tampoco padre, Maite era madre soltera. Sus tíos viven lejos, son mayores y llegaban directamente para el entierro. Siempre han sido su madre y ella, para lo bueno y para lo malo, así que sus amigas son su familia.

Aparca de nuevo en ese aparcamiento horrible. Todo lo relacionado con el tanatorio se lo parece. Le parece horrible que haya un señor que oficie ceremonias sin conocer a los difuntos, que tengas que pagar por todo y ponerte a organizar cosas en un momento así. En realidad, a Mariona, la muerte le parece horrible. Después de todo, si las despedidas le dan ansiedad, esta es la más grande de todas, la más dolorosa; solo de pensarlo se le eriza la piel. El día anterior no quiso entrar a ver el cuerpo de la madre de su amiga. Era demasiado. Se le hacía demasiado.

Sube en el ascensor y entra en la salita donde ya están Alicia y Silvia. La abraza de nuevo. Y de nuevo vuelve a sentir cómo su cuerpo se deshace. Alicia la fuerte. Alicia la que siempre puede. Alicia la graciosa. La bromista. Quizá es que a Alicia nunca le quedó otra. Quizá es que, si Alicia hubiese conectado con la vulnerabilidad, se hubiese hundido. Como le estaba pasando ahora. Se hundía.

Empieza a llegar la gente. Todo el mundo quiere saludar a Alicia, darle un abrazo. Y ella los da. se deja abrazar por cualquier persona capaz de sostenerla treinta segundos. Por cualquiera que pueda aguantar su cuerpo un rato para que ella no tenga que hacerlo.

LA FAMILIA

Es viernes y está agotada. Pero hoy toca tarde en casa de la abuela y eso le hace la vida más fácil. Ese fácil es un fácil con muchas comillas. Es fácil porque su madre se encarga. Y las comillas son porque eso quiere decir que lo hace a su manera, lo que incluye dulces, chantajes emocionales del tipo «Dale un beso a la abuela, que se va a poner triste» y sus continuos y extenuantes interrogatorios. Que si qué tal el trabajo. Que si cómo le va a Alberto. Que si es que este chico, ya te lo dije yo, nunca iba a saber lo que quiere. Que si los niños van muy sucios. Que si cómo le va a tal amiga. Y así todo el tiempo. Pero lo cierto es que su madre la ayuda. Vive cerca. De hecho, ese fue el principal motivo para mudarse a las afueras, tener a la familia cerca.



Cada miembro de su familia tiene una manera especial de cuidarla. Ahora puede verlo así.

Marta está siempre disponible para hacerle cualquier favor. La ayuda si necesita sacar al perro. Si necesita que se quede media hora con los niños. Si no tiene tiempo para llevar el coche a la ITV. Ella tiene su trabajo, su novia, sus historias, pero siempre saca un momento para su hermana y sus sobrinos.

Su madre siempre está dispuesta a quedarse con las criaturas. Juega con

ellos. Los entretiene. Los niños la adoran. Aunque la avise a última hora, sabe que su madre, si puede, responde. Y todo eso, que Mariona suele dar por sentado, es mucho.

Y su padre cocina. Hace poco que entendió eso. A su padre nunca le gustaron los niños. Él tuvo una infancia difícil, así lo dice cuando ella le pregunta por el tema. Quizá por eso los niños en general le cuestan. Pero encontró otra manera de cuidarlos a todos: la comida.



PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. La novela pone en el centro la maternidad de la generación millennial, ¿cómo creéis que se diferencia este tipo de maternidad con respecto a la que ejercieron vuestras madres? ¿Qué retos afrontan las madres millenials? ¿Cuáles son las mayores dificultades? ¿Qué pensáis que ha cambiado en los modos de vida y de cuidados con respecto a la generación anterior?
2. *El café frío, la cerveza caliente* comienza con una escena cotidiana, una madre cualquiera una mañana en casa antes de llevar a los niños al colegio, y en apenas un par de páginas, Mariona se muestra tal y como es, con todo el cansancio, el dolor, la prisa, la soledad de una madre. ¿Creéis que convertirse en madre supone una explosión en la identidad? ¿Cómo se enfrenta Mariona a lo largo de la novela a esa necesidad de volver a recomponer el puzle de su identidad después de ser madre?
3. Al principio de la novela, Mariona, su protagonista, siente que nada le sale bien, que llega tarde a todas partes, que no es feliz. ¿Qué creéis que le pasa realmente? ¿Cuál es el nudo materno que tiene que intenta deshacer? ¿Qué relación tiene Mariona con la culpa materna?
4. Uno de los temas que aborda la autora en la novela es la amistad, sobre todo la amistad entre mujeres. ¿Qué visión se ofrece acerca de la amistad entre mujeres y cómo esta cambia con el paso del tiempo y la llegada a la vida adulta? ¿Cómo de necesaria es la relación con otras mujeres cuando te conviertes en madre?
5. En la novela se ve reflejado el conflicto que viven muchas mujeres para poder trabajar y criar a la vez, la conciliación laboral y la corresponsabilidad de la pareja. ¿Cuánta responsabilidad tiene Alberto en el agotamiento



de Mariona? Aunque exista una mayor conciencia de la necesidad de una crianza igualitaria y equitativa, de los permisos parentales, de la conversación pública, del feminismo, ¿qué diferencias creéis que existen entre ser madre y ser padre todavía hoy?

6. Paola Roig aborda en su novela desde muchos lugares lo que sucede con el deseo de una mujer que se convierte en madre, el deseo no solo erótico, sino el deseo de tranquilidad, de tener control sobre la propia vida. ¿Cómo es el viaje de Mariona a través del deseo? ¿Qué lugar ocupa Rai en este viaje?
7. La novela se coloca en una genealogía de libros sobre las maternidades como, por ejemplo, *Los cisnes de Macy's* de Leticia Sala o *La historia de los vertebrados* de Mar García Puig. ¿Conocéis alguna novela más sobre la maternidad? ¿Tenéis en mente a más madres que en la literatura hayan lidiado con los mismos conflictos y la misma ambivalencia que atraviesa Mariona, la protagonista de *El café frío, la cerveza caliente*?
8. Mariona es madre de dos niños muy pequeños, Bruno y Celia, enfrenta día a día la dificultad de criar a sus hijos, tiene que lidiar con la culpa, con la sensación de no hacerlo bien, con la renuncia, ¿qué podemos aprender de Mariona como madre? ¿Qué nos dice quiere decir Paola Roig en esta novela respecto a la autoexigencia y la renuncia?
9. Al llegar al final de la novela, vemos que la vida de Mariona vuelve a comenzar, que le quedan muchísimas cosas por aprender, que nada está escrito, ¿qué habéis sentido al terminarla? Si hubiera una segunda parte, ¿cómo os gustaría que continuara la vida de Mariona?
10. Si habéis leído alguno de los libros anteriores de Paola Roig, *Madre* o *La crianza imperfecta*, habréis comprobado que el estilo divulgativo de la autora es próximo y honesto, real, como si hablara con una amiga, ¿qué pensáis de su estilo como novelista? ¿Lo sentís igual de honesto y cercano? ¿Con qué otras autoras podéis comparar su estilo?



LA AUTORA



PAOLA ROIG es autora, madre, feminista y psicóloga (aunque no necesariamente en ese orden). Desde que se convirtió en madre, se ha volcado en el acompañamiento de mujeres en diferentes momentos de la maternidad. Actualmente, se dedica a la atención como psicóloga perinatal y psicoterapeuta en «Pell a

pell», proyecto del que es cofundadora, a la vez que realiza una amplia labor de divulgación con el pódcast *La vida secreta de las madres* y desde su perfil de Instagram @paoroig. En Bruguera ha publicado los libros *Madre* (2022) y *La crianza imperfecta* (2023), y su primera novela *El café frío, la cerveza caliente* (2025).

